

<http://dx.doi.org/10.15446/lthc.v21n1.74877>

Leer y escribir la vida. Aproximaciones a una perspectiva biopoética

Julieta Yelin

Conicet — Universidad Nacional de Rosario, Rosario, Argentina

julietayelin@conicet.gov.ar

En las últimas décadas, los diálogos entre los estudios literarios y el pensamiento biopolítico han sido intensos y fructíferos. De esos diálogos es posible derivar la tesis de un campo biopoético, esto es, de la existencia de una perspectiva específica para el estudio del pensamiento literario de la vida. En su vertiente ficcional y en su vertiente crítica, la biopoética problematiza la relación entre escritura y vida, entendiendo que, como ha mostrado Michel Foucault, es un contacto que tiene efectos no solo estrictamente literarios, sino también filosóficos y políticos. Teniendo en cuenta, pues, su naturaleza transdisciplinar, el artículo analiza las posibles funciones que podría desempeñar la noción de biopoética y sus principales desafíos metodológicos, al tiempo que propone enlazarla al concepto de biopolítica afirmativa formulado por Roberto Esposito.

Palabras clave: literatura; vida; biopolítica; biopoética.

Cómo citar este artículo (MLA): Yelin, Julieta. “Leer y escribir la vida. Aproximaciones a una perspectiva biopoética”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 21, núm. 1, 2019, págs. 321-336.

Artículo original (nota). Recibido: 15/02/18; aceptado: 04/04/18. Publicado en línea: 01/01/19.



Reading and Writing Life. Approaches to a Bio-Poetic Perspective

The last few decades have seen intense and fruitful dialogues between literary studies and biopolitical thought. On the basis of these dialogues, it is possible to infer the existence of a bio-poetical field, that is, a specific perspective for the study of literary thought on life. In both its fictional and critical facets, bio-poetics discusses the relation between writing and life, following Michel Foucault, who showed that this contact has philosophical and political effects, in addition to the strictly literary ones. The article analyzes the possible functions of the transdisciplinary notion of bio-poetics and its main methodological challenges, while at the same time suggesting that it should be linked to Roberto Esposito's concept of affirmative biopolitics.

Keywords: literature; life; biopolitics; bio-poetics.

Ler e escrever a vida. Aproximações a uma perspectiva biopoética

Nas últimas décadas, os diálogos entre os estudos literários e o pensamento biopolítico têm sido intensos e frutíferos. Desses diálogos é possível derivar a tese de um campo biopoético, isto é, da existência de uma perspectiva específica para o estudo do pensamento literário da vida. Em sua vertente ficcional e em sua vertente crítica, a biopoética problematiza a relação entre escritura e vida, e entende que, como mostrou Michel Foucault, é um contato que tem efeitos não apenas estritamente literários, mas também filosóficos e políticos. Levando em consideração sua natureza transdisciplinar, o artigo analisa as principais funções que a noção de biopoética poderia desempenhar e seus principais desafios metodológicos, ao mesmo tempo em que propõe associá-la com o conceito de biopolítica afirmativa formulado por Roberto Esposito.

Palavras-chave: biopoética; biopolítica; literatura; vida.

No puedo dejar de pensar en una crítica que no buscara juzgar, sino hacer existir una obra, un libro, una frase, una idea. Una crítica así encendería fuegos, contemplaría crecer la hierba, escucharía el viento y tomaría la espuma al vuelo para esparcirla. Multiplicaría no los juicios, sino los signos de existencia; los llamaría, los sacaría de su sueño. ¿Los inventaría en ocasiones? Tanto mejor, mucho mejor.

La crítica por sentencias me adormece. Me gustaría una crítica por centelleos imaginativos, no sería soberana ni vestida de rojo. Llevaría el relámpago de las tormentas posibles.

Michel Foucault. “El filósofo enmascarado”

1. Decires

¿CÓMO ESTIMAR Y VALORAR LA impronta de la teoría biopolítica en el campo de los estudios literarios? La pregunta atañe no solo al potencial transversal del pensamiento de Michel Foucault, su fundador, sino también, y de modo muy sugerente, al valor y la huella que han tenido el decir político y el decir filosófico en nuestro ámbito disciplinar en las últimas décadas.¹ Ciertamente, para nosotros —quiero decir, para aquellos que nos interesamos por el pensamiento literario, por ese particular modo de significar que tienen las ficciones, las reflexiones, los juegos de lenguaje que se producen en el marco, y también en los márgenes, de “esa extraña institución llamada literatura” (Derrida)— todo decir literario es, al mismo tiempo, un decir político y filosófico. O, mejor, un decir que no puede ser sino político y filosófico, en cuanto su tarea primordial —voluntaria e involuntaria— es tocar y modificar los bordes, explorar las grietas del sentido. ¿Cómo designar, si no, esa potencia transformadora de la palabra literaria, su capacidad de trastocar todos los valores —incluso los asumidos como propios—, de desdibujar los límites que organizan nuestro pensamiento: lo humano y lo animal, lo individual y lo colectivo, lo racional y lo irracional, lo real y lo imaginario, lo masculino y lo femenino, lo vivo y lo muerto? En una entrevista de finales de los años ochenta, Jacques Derrida caracterizaba a la literatura precisamente como ese ámbito capaz de desbordarse a sí mismo,

1 Este trabajo, con algunas variantes, fue leído en el II Congreso Internacional “Michel Foucault: decir político, decir literario, decir filosófico”, que tuvo lugar en la Universidad de Granada los días 22, 23 y 24 de noviembre del 2017.

como el espacio propiciador no solo de una ficción instituida, sino de una institución ficticia.² Unos años antes, en una conversación con Shigehiko Hasumi, el propio Foucault reflexionaba sobre su creciente interés en las escrituras que se producen en los bordes de la institución, ya sea hacia “afuera” (el lenguaje anónimo, de todos los días) como en los intersticios disciplinares. Allí se refería a una serie de escritores que no escriben filosofía ni literatura y en cuya obra —cito— “es el pensamiento el que está a punto de hablar, el pensamiento, en cierto modo, siempre más allá y más acá del lenguaje, escabulléndose del lenguaje” (152). Foucault reconoce haberse interesado siempre en esa “relación enormemente curiosa de encadenamientos, de superaciones recíprocas, de entrelazamientos y desequilibrios entre el pensamiento y el discurso [...]” (Foucault, “De la arqueología” 152).

En una serie de trabajos recientes,³ me propuse calibrar las posibilidades de un concepto que permitiera examinar esos umbrales. Aunque, ciertamente, estos han sido horadados desde los años sesenta por la corriente crítica de los estudios culturales y por los desarrollos en el ámbito de las llamadas “poshumanidades”, siguen funcionando de modo evidente en la formulación misma de los temas y asuntos (literatura y política, literatura y filosofía), poniendo en evidencia las resistencias propias de los hábitos disciplinares. En aquellos trabajos procuré evaluar la potencialidad teórico-crítica de una noción que integrara e hiciera visible la problemática de la emergencia de lo viviente en la escritura literaria, evitando el riesgo de pérdida y aplanamiento que suele acarrear el préstamo conceptual. Dicha noción llevó y lleva aún, aunque de modo provisional, el nombre de “biopoética”. Un término que podría, en efecto, funcionar como sustantivo, es decir, que eventualmente cumpliría una función similar a la que cumple la biopolítica —que integra y pone en diálogo el pensamiento ontológico y

2 “El espacio literario es no sólo el de una *ficción instituida*, sino el de una *institución ficticia* que en principio le permite a uno decirlo todo. Decirlo todo es, sin duda, reunir, a través de la traducción, todas las figuras en una, totalizar formalizando, pero decirlo todo es también franquear [*franchir*] prohibiciones. Liberarse [*s’affranchir*] uno mismo —en todos los campos en que la ley puede hacer a la ley. La ley de la literatura tiende, en principio, a desafiar o a anular la ley. Eso permite, por consiguiente, pensar la esencia de la ley en la experiencia de ese ‘todo por decir’. Es una institución que tiende a desbordar la institución” (Derrida 117).

3 Julieta Yelin, “Biopoéticas para las biopolíticas. Una introducción”, “La lente biopoética de Mario Bellatin” y “Biopolíticas de la interpretación”.

político de la vida—,⁴ pero incluyendo dentro de sí, asimismo, ese particular modo de aproximarse a lo real que tiene el decir literario y, por qué no, el decir artístico en general. La biopoética albergaría, así, toda práctica creadora y crítica que problematizara de algún modo la relación vida-lenguaje y que, por tanto, integrara elementos discursivos y no discursivos, humanos y no humanos, individuales y transindividuales.

Ahora bien, es necesario precisar que con “decir literario” no se alude a un modo específico de representación ni de estetización de lo viviente —en la medida en que el propósito es deslindar lo literario del horizonte discursivo y valorativo de la estética—, sino a la elaboración de una forma otra de pensamiento. Una forma capaz, por su carácter autorreflexivo, de establecer un diálogo eficaz y productivo tanto con el decir político como con el decir filosófico. La biopoética se plantea, entonces, como un campo de reflexión acerca de esa potencia de desborde institucional y disciplinar que habita en el pensamiento literario de la vida. Comparte, en este aspecto, una inquietud que atraviesa a la teoría literaria de las últimas décadas, pero con la particularidad de establecer un vínculo explícito con el pensamiento filosófico-político de la vida, esto es, con la idea de que lo humano es una conceptualización historiable y de que la definición del hombre como “sujeto de lenguaje” no supone la constatación de una propiedad diferencial, sino el reconocimiento de un límite —eso que Giorgio Agamben ha llamado el *experimentum linguae*: la certeza de que hay lenguaje y de que no podemos representarlo— (Agamben, “Experimentum” 217-219).

Por otro lado, la noción de biopoética operaría como adjetivo, es decir, como cualidad de una práctica creativa, sea esta de naturaleza ensayística

4 El propio Roberto Esposito señala dentro de la noción de biopolítica foucaultiana un umbral que su pensamiento procura desdibujar. En una entrevista que le realizó Mario Goldenberg, Esposito es interrogado acerca de los rasgos que distinguen su idea de la biopolítica de la propuesta por Foucault, a lo que responde: “Naturalmente, yo mismo partí de las investigaciones fundamentales de Foucault sobre la relación entre política y vida biológica. La diferencia está en el hecho de que los dos términos de ‘bios’ y ‘política’ en Foucault son entendidos inicialmente como separados y sólo sucesivamente unidos en una relación de dominio que somete el uno al otro, mientras que yo he buscado pensarlos juntos desde el comienzo. La categoría mediante la cual me fue posible realizar esta operación es la de ‘inmunización’. Construido sobre la base del derecho y de la biología, el concepto de inmunización me ha proporcionado la llave para superar el *impasse* de Foucault sobre la relación entre soberanía y biopolítica. Como así también para reconocer, en el interior de la categoría de biopolítica, una diferencia entre tanatopolítica y biopolítica afirmativa” (Esposito, “Entrevista”).

o ficcional. Sería posible hablar, en este sentido, de narrativas biopoéticas, procedimientos biopoéticos o de una teoría y una crítica biopoéticas. Todas estas fórmulas comparten un interés especial por la relación entre vida, cuerpo y escritura que es decisiva para la conformación de una perspectiva de estudio no antropocéntrica. La literatura, desde este punto de vista, lee el mundo con “los ojos del cuerpo”. Esta fórmula ha sido tomada por Roberto Esposito de la *Ciencia nueva* de Giambattista Vico; con ella da cuenta de una forma de aproximación a lo real que no es sino la elaboración filosófica de una sospecha respecto de la razón como forma privilegiada de conocimiento y un distanciamiento respecto de la idea de lo propio en favor de la de lo común.⁵ La biopoética propone, así, una mirada que, por un lado, desplaza el centro del análisis de lo humano a lo vital —entendido esto último como una realidad que atañe también a la dimensión física, material de la existencia— y, por otro, que entiende esa materialidad corporal como una zona de disputa sujeta a reelaboraciones. Una realidad que no puede ser considerada como una mera cosa, pero que tampoco se identifica de modo pleno con la persona, y que es, al mismo tiempo, común, compartida, y condición de posibilidad de la emergencia de formas de vida singulares. Ese cuerpo transindividual, cargado de ambivalencia que necesita, como apunta Esposito, de una redefinición filosófica y jurídica,⁶ reclama también, podrá inferirse, la intervención del decir literario; ¿por qué acaso no habría de participar la escritura literaria, en todas sus manifestaciones, de esa exploración conceptual?

5 En *Las personas y las cosas*, Esposito recupera el pensamiento de Giambattista Vico en torno de la relación entre cuerpo y conciencia, y lo utiliza para argumentar la centralidad del cuerpo en la mediación entre las personas y las cosas. “Solo el cuerpo es capaz de llenar el hueco que miles de años de derecho, teología y filosofía han cavado entre las cosas y las personas, poniendo unas a disposición de las otras” (118).

6 “Desde cualquier ángulo que se considere la cuestión, seguimos enredados en una serie de paradojas que parecen impedirnos llegar a una conclusión. El hecho de que el cuerpo pueda ser reducido a una cosa es contrario a nuestra sensibilidad, pero la idea de que sea siempre equivalente a la persona contrasta con la lógica. La dificultad para resolver el problema nace evidentemente de un léxico jurídico todavía basado en la división entre personas y cosas; una división que ya no se sostiene ante las extraordinarias transformaciones que estamos experimentando en el presente. El cuerpo humano, en su condición prominente respecto a ambas categorías, es un testimonio de esta inadecuación conceptual. No sólo es imposible clasificarlo como persona o como cosa, sino que, en las cuestiones siempre nuevas que plantea el derecho, muestra la necesidad urgente de una reformulación” (Esposito, *Las personas* 101).

Resulta, por tanto, estimulante pensar al adjetivo *biopoético/a* como un atributo no solo del pensamiento crítico sino también como un modo de intervención de las ficciones. Se podría considerar, en este sentido, que, en las últimas décadas, paralelamente al desarrollo del pensamiento biopolítico europeo, se están escribiendo —pienso en América Latina, pero seguramente es una hipótesis que puede ser puesta a prueba en otras latitudes— numerosas ficciones en las que la noción de vida es asediada, complejizada, transmutada. Pongamos por caso las experimentaciones de Mario Bellatin, Diamela Eltit, Nuno Ramos, César Aira o Iosi Havilio, por mencionar solo a algunos de ellos. En sus textos el cuerpo —biológico y social— se convierte en un campo de experimentación, sujeción y resistencia, y la noción de vida es tensionada mediante, por ejemplo, el trabajo de deconstrucción de la identidad en la elaboración de los personajes o el cuestionamiento de la distinción entre escritura autobiográfica y autoficcional. La literatura se convierte, así, en una máquina de pensar lo viviente como continuo que se desliza bajo el lenguaje y que resiste, entre otras, la violencia taxonómica del discurso de la especie.

2. Biopoetizar

Ahora bien, como sustantivo o como adjetivo, a la biopoética se le plantean algunos problemas metodológicos de primer orden. ¿Cómo y con qué herramientas críticas abordar su corpus? ¿Cómo evitar recaer en caracterizaciones que cristalicen o disminuyan la potencia destituyente (Agamben, “Forma” 469-495) de la noción de vida? ¿Qué talante crítico —qué tipo de escritura— impone un objeto tan complejo y evasivo? Sería deseable, para empezar, concebir a la biopoética como una práctica regida por la *curiosidad*, en el sentido estricto que Foucault le ha conferido a la palabra, atendiendo con agudeza a su raíz *cura*, vale decir, a la evocación del cuidado, de la solicitud que se debe tener “con lo que existe y podría existir” (“El filósofo” 222).⁷ Se desprende de esta observación la consideración del

7 En la introducción a *El uso de los placeres*, Foucault reflexiona sobre el motor de su investigación, y vuelve sobre la noción de curiosidad: “En cuanto al motivo que me impulsó, fue bien simple. Espero que, a los ojos de algunos, pueda bastar por sí mismo. Se trata de la curiosidad, esa única especie de curiosidad, por lo demás, que vale la pena practicar con cierta obstinación: no la que busca asimilar lo que conviene conocer, sino la que permite alejarse de uno mismo. ¿Qué valdría el encarnizamiento del saber

carácter virtual de lo viviente, y el doble estímulo que propone ese rasgo al lector/escritor curioso: la posibilidad de emergencia de lo todavía no conocido y el carácter vacilante de esa existencia. En lo que respecta de modo específico al “decir literario”, tales estímulos referirían a una especial atención a la potencialidad de la escritura: para el escritor, la percepción de que trabaja con una materia viva, que no es igual a sí misma, que alberga dentro de sí lo impensado como doblez del pensamiento; para el crítico, la relevancia de lo que vive en los textos, el respeto a su precariedad, la voluntad de aprehender, sabiéndolo imposible, los infinitos matices de lo viviente.⁸ La biopoética, en definitiva, como un modo de relación curiosa con el lenguaje, una forma activava e inquisitiva de entender la interpretación del mundo y de los textos, un gesto crítico que se identifica con aquello que Esposito, apropiándose del legado foucaultiano y realizando una recreación conceptual, ha caracterizado como biopolítica afirmativa: una política *de* la vida y no *sobre* la vida.

En una entrevista que le realizaron hace algunos años Vanessa Lemm y Miguel Vatter, Esposito reflexiona precisamente acerca del lugar de la literatura y del arte en general en el proceso de transformación conceptual originado con el estrechamiento de la relación entre política y vida biológica, tal como ha sido señalado y examinado por Foucault en la última etapa de su producción. Sostiene al respecto que no se trata de un cambio abrupto de régimen sino de la formación de nuevos nudos, de la apertura de problemas a los que ya no se puede responder con las viejas categorías. Por eso, afirma, es necesario crear otros instrumentos, implementar otro léxico, generar, en fin, un nuevo horizonte de pensamiento. Ante la pregunta acerca de si es posible reconocer esa búsqueda en otras prácticas y lenguajes que divergen respecto de la tradición filosófica occidental, Esposito responde afirmativamente y alude, a modo de ejemplo, a la deconstrucción del concepto de persona que tiene lugar en la obra de Franz Kafka, a quien considera “un autor poderosamente, trágicamente, biopolítico” (“Biopolítica” 134). Sumándose

si sólo hubiera de asegurar la adquisición de conocimientos y no, en cierto modo y hasta donde se puede, el extravío del que conoce?” (14).

- 8 “[...] un sentido agudizado de lo real pero que nunca se inmoviliza ante ello, una prontitud en encontrar extraño y singular lo que nos rodea, un cierto encarnizamiento en deshacernos de nuestras familiaridades y en mirar de otro modo las mismas cosas, un cierto ardor en captar lo que sucede y lo que pasa, una desenvoltura la vista de las jerarquías tradicionales entre lo importante y lo esencial” (Foucault, “El filósofo” 222).

a una ya prolífica tradición de filósofos poshumanistas que abrevan en la escritura kafkiana para pensar problemas que no pertenecen estrictamente al campo de los estudios literarios, Esposito observa con agudeza la capacidad de la literatura para adelantarse en la percepción de la caducidad de ciertas ideas, y para proponer formas nuevas:

La literatura del último siglo, a partir de *El hombre sin cualidades* de Robert Musil hasta las últimas novelas estadounidenses de estos años, es una gran contribución a este cambio de léxico, constituyendo uno de sus puntos focales. El arte en general tiende a preceder a la filosofía que, como bien había visto el viejo Hegel, llega siempre después, como el búho de Minerva. (“Biopolítica” 134-135)

En efecto, la cuestión de la impersonalidad como fuerza partícipe en todo proceso de subjetivación es abordada con insistencia por la escritura literaria moderna; no es extraño que varios de los llamados “filósofos de la vida” recurran a textos ficcionales para discurrir sobre el asunto, ni que encuentren en el pensamiento literario una fuente rica para la reflexión ética. Así lo hace Gilles Deleuze cuando evoca la figura agonizante de *Nuestro amigo común* de Charles Dickens en “La inmanencia: una vida...”, o en su ensayo sobre la fuerza devastadora del lenguaje en la fórmula “preferiría no hacerlo” en *Bartleby el escribiente*, y así también Giorgio Agamben y José Luis Pardo en sus intervenciones sobre el texto de Melville o Jacques Derrida, el propio Deleuze junto a Felix Guattari y Esposito (“Biopolítica”) en sus cavilaciones sobre la obra de Kafka.

Si es posible afirmar que la filosofía llega después, es decir, que la literatura puede preanunciar ciertas transformaciones a través de la imaginación conceptual, esto tiene que vincularse necesariamente a la capacidad del decir literario para pensar el lenguaje desde el lenguaje. En eso se detienen una y otra vez los filósofos lectores de literatura a los que acabamos de aludir; y esa reflexión parece señalar de modo insistente el ocaso de la metafísica humanista como paradigma de pensamiento y el surgimiento de formas de teorización sensibles a los juegos de poder y de saber, de los que las “verdades” son efecto. Biopoetizar es pensar en términos de *una vida* y no en los de *la vida*, experimentar con nuevas formas de vida que, a su vez, colaborarán en la construcción de nuevos conceptos políticos a través de la

generación de contrastes, resistencias, conflictos, en un diálogo que afecta a ambas esferas por igual. Pues no hay modo de deslindar las formas de vida de las formas de pensamiento —así como es imposible discernir, desde esta misma perspectiva, entre lenguaje y experiencia—. El pensamiento literario constituye, por tanto, una fuente conceptual de enorme riqueza: al proponer formas de conocimiento que exceden, como hemos dicho, la esfera racional, la escritura entra en contacto directo con la naturaleza sensible, ambigua, inestable del lenguaje. De ese contacto nacen también las biopolíticas de la interpretación, un horizonte crítico desde el que se piensa el decir literario a contrapelo de las valoraciones imperecederas de la estética (Yelin “Biopolíticas” 34).

De estas primeras aproximaciones a la noción de biopoética puede inferirse la relevancia que tiene para el naciente campo el pensamiento foucaultiano, debido a su capacidad de articular problemas y herramientas de modo transdisciplinar a través de la creación de nuevos objetos y formas de abordaje y, fundamentalmente, mediante la introducción del tiempo como variable determinante en el análisis conceptual. Tanto sus reflexiones de los años sesenta sobre el lenguaje y la literatura —que, como bien señala Azucena González Blanco, dialogan productivamente con las diferentes zonas que delinea su trabajo: epistemología, ontología, política, ética— como aquellos correspondientes a la última etapa de su producción —centrados, por un lado, en el estudio del nacimiento de la biopolítica y la labor de su definición conceptual y, por otro, en el proyecto de una genealogía de los procesos de subjetivación—, contribuyen de modo decisivo a la configuración de un campo teórico-crítico abocado a indagar los mecanismos literarios (formales, simbólicos, políticos, conceptuales) de producción textual de lo viviente; esto es, a la creación literaria de un pensamiento no antropocéntrico de la vida.

El pensamiento foucaultiano o, mejor, lo que de él nos permite aprehender nuestra formación disciplinar, no solo nos impulsa a imaginar un nuevo campo crítico y un modo de aproximación a él, también nos ayuda a abordar las transformaciones sufridas por los vínculos entre escritura, subjetividad y verdad. Si se piensa en las dos grandes hipótesis que rigieron esa relación desde la “invención” moderna de la literatura —la visión humanista, que entiende a la escritura como reflejo de la mentalidad y la afectividad de un autor, materializados en la noción de “estilo”; y la estructuralista, que borra del juego a la figura del autor para instituir la verdad del texto— resulta

estimulante la idea de una perspectiva que incorpore los aportes foucaultianos tardíos en torno de la subjetividad, los cuales incluyen, evidentemente, un reenfoque de la noción de vida.⁹ Al introducir al análisis las “técnicas de sí”, se contempla la posibilidad de entender la vida no solo como campo de experimentación y sujeción de las técnicas gubernamentales, sino también como un espacio de resistencia —una resistencia que por supuesto es ciega, impersonal y en ningún caso voluntarista—, es decir, de avizorar en ella el germen del cambio; la posibilidad de que una biopolítica afirmativa pueda, al menos, dar batalla.

3. Batallas

La reintroducción del problema de la verdad en el campo de los estudios literarios —un concepto tan vapuleado por la teoría— es relevante en la medida en que permite abordar la dinámica de reproducción-recreación en las que las formas de vida se constituyen como tales. Si sostenemos y ponemos a prueba la hipótesis de que la escritura es capaz de colaborar activamente en el pensamiento de nuevas formas de vida, es decir, de que puede abrir un espacio de libertad concreta, entonces su vínculo con la verdad —en calidad de figura del pensamiento— se presenta como crucial. En la relación entre las prácticas creadoras —ya se trate de la invención de personajes y argumentos, de procedimientos narrativos o poéticos, o de figuraciones de autor— y toda una serie de convenciones y modos de hacer que dependen del uso de la palabra verídica —la que hace posible que las cosas y las personas sean algo en lugar de nada— se fraguan las posibilidades de vida. Vale decir, en los restos de las batallas que se libran entre los procesos de subjetivación (metonímicos) y las figuras de la verdad (metafóricas). Esas batallas son operaciones del pensamiento; la biopoética las entiende como la invención de posibilidades vitales y como ejercicios que son a un tiempo artísticos, filosóficos y políticos.

Escribir es, entonces, dar batallas. Batallas que no se enmarcan en una doctrina revolucionaria totalizadora, que no son programáticas y a veces ni siquiera conscientes, pero que, sin embargo, tienen poderes transformadores. Por eso las luchas de sí, esas técnicas, intervenciones y prácticas sobre

9 Sobre este punto véase Yelin, “Biopoéticas para las biopolíticas. Una introducción”.

el cuerpo, el pensamiento y las conductas que Foucault describió en sus últimos seminarios —*La hermenéutica del sujeto* (1981-1982); *El gobierno de sí y de los otros* (1982-1983) y *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II* (1983-1984)—, pueden ser pensadas como el motor de la biopoética. Prácticas que, además, instituyen espacios nuevos, diferentes. No es casual, pues, que a Foucault le haya gustado pensarse como escritor y, más aún, como fabulador. En una entrevista de 1977 con Lucette Finas afirmó no haber escrito más que ficciones; esta declaración, ciertamente provocadora, nos interesa especialmente en la medida en que está ligada a su noción de verdad:

No quiero decir, sin embargo, que esté fuera de la verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad; de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción, y hacer así que el discurso de verdad suscite, “fabrique” algo que no existe aún, vale decir, hacer que “ficcione”. (“Les rapports” 6)¹⁰

Puede que este breve pasaje constituya una de las declaraciones metodológicas más relevantes y significativas, al menos en lo que concierne a nuestro campo de estudio. El decir literario, su licencia ficcionadora, es reivindicado como capaz de habitar la verdad y expandirla, alterarla. Foucault sigue de cerca, así, como observa Miguel Morey, “los pasos del quehacer de Nietzsche tras su descubrimiento del porvenir literario de la filosofía” (16). Ensayo y ficción, es decir, las dos vertientes críticas fundamentales de la biopoética, encuentran en la obra foucaultiana una forma escritural y metodológica acabadas, ligadas por una concepción de verdad que abraza la creación y la experimentación sin renunciar al desafío del rigor conceptual. Una verdad viva, en movimiento, de la que participa activamente el trabajo de escritura. Foucault mismo lo sintetiza con claridad en el prólogo al segundo tomo de su *Historia de la sexualidad*:

El “ensayo” —que hay que entender como prueba modificadora de sí mismo en el juego de la verdad y no como apropiación simplificadora del otro con fines de comunicación— es el cuerpo vivo de la filosofía, si por lo menos ésta es todavía hoy lo que fue, es decir una «ascesis», un ejercicio de sí en el pensamiento. (15)

10 La traducción es mía.

Como los ensayistas, los escritores de ficción se preguntan: ¿qué hacer de sí mismos? ¿Qué trabajo llevar a cabo sobre sí? Y más aún: ¿qué hacer con la propia vida? No, claro, con la vida discursivizada, estetizada, con la vida narrable, la que se ajusta como un guante a la verdad humanista, sino ¿qué hacer con esa vida impropia, anónima, con la vida-cuerpo, con la vida muda? ¿Qué hacer, en fin, con el resto inenarrable, insubjetivable de lo que somos? O, más derridianamente: ¿qué hacer en la escritura con el sí mismo en tanto animal? Esa es la pregunta que habilita el y al pensamiento biopoético. Las respuestas están en la escritura y solo es posible acceder a ellas mediante la escritura. Tal vez ese sea el aporte fundamental del decir literario a los decires político y filosófico: la propuesta de una hermenéutica de la creación.

Pero hay también una respuesta ética: el pensamiento literario tiene algo que decir al pensamiento biopolítico en lo que atañe a su miedo de devenir tanatopolítica. En cuanto, como señala Esposito, “la tanatopolítica siempre ha procedido definiendo los umbrales absolutos dentro del *bíos* y desplazando cada vez estos umbrales” (“Biopolítica” 139). Sabemos, por la experiencia histórica del siglo xx y por lo que hemos atravesado en lo que va del XXI, que cualquier individuo puede quedar excluido de la zona de protección política de la vida. La labor del pensamiento debe encaminarse, por tanto, a promover, a través de la reactualización —reinvención, reescritura— de la vida animal del ser humano, un pensamiento de la distinción que no se sirva de los umbrales absolutos, sino que permita aprehender la infinita diferencia entre cada vida singular y todas las demás.¹¹

Si el pensamiento biopolítico producido en la actualidad se orienta hacia aquello que Esposito imagina como una biopolítica afirmativa, en la que *bíos* y *zoé* puedan, aunque sea en el ámbito de lo imaginario, rearticularse, donde cuerpo y mente, salud y enfermedad sean imposibles de deslindar, entonces no debería descuidar el diálogo con el pensamiento biopoético. Este, por su parte, tendrá que ir delineando con mayor claridad sus intereses, poniendo a prueba sus hipótesis y caracterizando las modalidades específicas de sus decires. Los escritores, desde Kafka por lo menos, avanzan en ese camino —es,

11 Se trata de un núcleo, recuerda Esposito, que aparece también en el pensamiento de Deleuze: “la relación entre impersonalidad y diferencia, entre el devenir animal y la multiplicidad. Solamente algo que es definido en términos impersonales, como la animalidad, produce la posibilidad de pensar la singularidad de una vida que valga como cualquier otra, precisamente porque es diferente de cualquier otra” (Esposito, “Biopolítica” 139).

en efecto, sorprendente cotejar, para volver al ámbito iberoamericano, el pensamiento de lo viviente que se produce en la narrativa de Clarice Lispector de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado con las teorizaciones que hará el propio Foucault apenas unos años más tarde—. La crítica literaria, por su parte, parece tener mayores dificultades para desprenderse de la matriz discursiva del humanismo. Si se asume el compromiso de dejar de juzgar y sentenciar, es decir, si se abandona finalmente a la estética como horizonte fundamental de pensamiento para, como ha dicho Foucault, abocarse a oír el decir literario, a “hacer existir una obra, un libro, una frase, una idea”, habrá de reconciliarse con la invención, con los “centelleos imaginativos” que, en definitiva, son los que producen los conceptos, los que recrean el léxico, los que hacen teoría. Así llevará consigo —tal vez la biopoética tenga esa suerte— “el relámpago de las tormentas posibles” (Foucault, “El filósofo” 220).

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. “Experimentum linguae”. *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Traducido por Silvio Mattoni, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2001, págs. 207-219.
- . “Forma-de-vida”. *El uso de los cuerpos*. Traducido por Rodrigo Molina-Zavalía, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2017, págs. 347-467.
- Agamben, Giorgio, Gilles Deleuze, José Luis Pardo, y Herman Melville. *Preferiría no hacerlo. Bartleby el escribiente seguido de tres ensayos sobre Bartleby de Gilles Deleuze, Giorgio Agamben y José Luis Pardo*. Valencia, Pre-Textos, 2000.
- Deleuze, Gilles. “La inmanencia: una vida...”. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Compilado por Giorgi Gabriel y Fermín Rodríguez, Buenos Aires, Paidós, 2007, págs. 35-40.
- Deleuze, Gilles, y Felix Guattari. “Devenir intenso, devenir animal, devenir imperceptible”. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Traducido por José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 1988, págs. 239-315.
- . *Kafka. Por una literatura menor*. Traducido por Jorge Aguilar, Valencia, Pre-Textos, 1978.

- Derrida, Jacques. “Esa extraña institución llamada literatura”. *Boletín 18 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, 2017, págs. 115-150. Web. 25 de noviembre del 2017.
- Derrida, Jacques, Vicent Descombes, Garbis Kortian, Philippe Lacoue-Labarthe, Jean-François Lyotard, y Jean-Luc Nancy. “Préjugés. Devant la loi”. *La faculté de juger*. Paris, Minuit, 1985, págs 87-139.
- Esposito, Roberto. “Biopolítica y Filosofía: (Entrevistado por Vanessa Lemm y Miguel Vatter)”. *Revista de filosofía política*, vol. 29, núm. 1, 2009, págs. 133-141.
- . “Entrevista a Roberto Esposito”. Por Mario Goldenberg, Blog de Mario Goldenberg. 23 de septiembre del 2014. Web. 29 de noviembre del 2017.
- . *Las personas y las cosas*. Traducido por Federico Villegas, Buenos Aires, Katz-Eudeba, 2016.
- Foucault, Michel. “De la arqueología a la dinástica”. *Estrategias de poder. Obras esenciales*. Vol. II. Traducido por Julia Varela y Fernando Álvarez Uría, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- . “El filósofo enmascarado”. *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Vol. III*. Traducido por Ángel Gabilondo, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- . *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*. Traducido por Martí Soler, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- . “Les rapports de pouvoir passent à l’intérieur des corps”. *La Quinzaine littéraire*, núm. 247, 1977, págs. 4-6.
- González Blanco, Azucena. *El logos doble. Una introducción al pensamiento estético-literario de Michel Foucault*. Tesis de doctorado, Universidad de Granada, 2005. Web. 10 de noviembre del 2017.
- . “Foucault y la teoría de la literatura”. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, núms. 13/14, 2007, págs. 1-12. Web. 12 de noviembre del 2017.
- Morey, Miguel. “Introducción”. *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, volumen I*. Por Michel Foucault. Traducido por Miguel Morey, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Yelin, Julieta. “Biopolíticas de la interpretación”. *Estação literária*, vol. 17, 2016, págs. 28-39. Web. 22 de octubre del 2017.
- . “Biopoéticas para las biopolíticas. Una introducción”. *Uni(+di)versidad*, núm. 3, 2015, págs. 1-10. Web. 27 de octubre de 2017.

- . “La lente biopoética de Mario Bellatin”. *Es tiempo de coexistir. Perspectivas, debates y otras provocaciones en torno de los animales no humanos*. Alexandra Navarro, y Anahí Gabriela González, editoras. La Plata, Editorial Latinoamericana Especializada en Estudios Críticos Animales, 2017, págs. 117-129. Web. 2 de febrero del 2018.

Sobre la autora

Julieta Yelin es doctora en Humanidades con mención en Literatura por la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente se desempeña como Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (Conicet). Es directora del *Boletín* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Ha publicado *La letra salvaje. Ensayos sobre literatura y animalidad* (Beatriz Viterbo Editora, 2015) y, en colaboración con Elisa Martínez Salazar, *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013).